

HISTORIA DE LA CRÍTICA LITERARIA DEL SIGLO XX: DEL FORMALISMO AL POSTESTRUCTURALISMO

Raman SELDEN (ed.)

(Madrid: Akal, 2010, 511 págs.)

Este libro es una traducción muy necesaria, y que nos llega con quince años de retraso, del octavo volumen de *The Cambridge history of literary criticism*, es decir, de una amplia historia de la crítica literaria, en la que este volumen abarca únicamente una parte del siglo XX.

El libro recoge un conjunto de estudios muy formativos y de gran interés de varios autores sobre los distintos movimientos y enfoques en la crítica y la teoría literaria del pasado siglo. Se estudian las teorías más relevantes en el campo de la crítica literaria desde 1960 hasta 1990, aunque teniendo en cuenta sus precursores (fases formalistas y estructuralistas precedentes: redescubrimiento de Saussure, formalismo ruso, estructuralismo de la Escuela de Praga). El editor presenta varias formas de clasificación de las teorías de este volumen: entorno a tres de las funciones comunicativas de Jakobson, las referidas a mensaje, código y receptor; o bajo los epígrafes modelo lingüístico (formalismo ruso, Escuela de Praga, *Nouvelle Critique*), poéticas de la indeterminación (semiótica racionalista de Culler, Julia Kristeva, incluso Barthes en su fase inicial o Derrida) y la problemática existencial (Gadamer, Jauss, Iser). Sin embargo, el libro se divide en realidad en dos grandes apar-

tados. En el primero, se encuentran las teorías eminentemente estructuralistas, divididas en los siguientes capítulos: Escuela de Praga, modelo lingüístico, Semiótica, Narratología, Barthes, Deconstrucción y Teorías marxistas y psicoanalíticas estructuralistas y postestructuralistas. En el segundo, se incluyen las teorías interpretativas orientadas al lector, con los consiguientes capítulos: hermenéutica, fenomenología, Teoría de la recepción, Teoría de los actos de habla y otras teorías orientadas al lector. Esta gran variedad de criterios organizativos da idea de cómo todas estas teorías se encuentran relacionadas y no pueden ser presentadas únicamente como una exposición de secuencia temporal, o de movimientos afines.

Una de las grandes riquezas de este libro consiste en que está escrito por varios investigadores de primera línea. Ello significa que cada uno de los capítulos está redactado por un autor especialista en el tema, lo que significa una atención profunda a cada uno de los movimientos teóricos.

El primero de los capítulos, realizado por el profesor Peter Steiner, es el dedicado al Formalismo Ruso. Aparece casi a modo de introducción, ya que no entraría plenamente en este volumen por su cronología. Además de una explicación de los principales grupos dentro de este movimiento, es muy acertada la división en cuatro analogías que explicarían la concepción dentro del Formalismo Ruso de la obra literaria, y con ella el método de estudio:

- La máquina: una máquina con distintos engranajes (procedimientos) independientes cuya suma forma el aparato.
- El organismo: un conjunto armónico de partes relacionadas y organizadas jerárquicamente. Se considera la obra sólo en sincronía.
- El sistema: se diferencia de la anterior porque entre las partes existe un desequilibrio y una lucha por la supremacía. Según se vayan imponiendo unos procedimientos u otros, así evolucionan las tendencias literarias. Entra la diacronía y la historia literaria.
- El lenguaje-el modelo lingüístico: aunque ya no entra dentro de lo que llamaríamos analogías, es uno de los términos claves del formalismo, la búsqueda de la descripción del lenguaje poético como un lenguaje no comunicativo, sino centrado en sí mismo. Primero se fijan en la fonética, que en vez de actuar, como en la lengua común, como sierva del significado se manipula conscientemente. Los importantes estudios sobre el verso ruso siguen siendo hoy de gran relevancia y actualidad.

Se destaca que «el formalismo ruso no es una escuela teórico-literaria en el sentido corriente del término. Se trata más bien de un momento peculiar en el desarrollo histórico de la poética eslava: una interrupción en las viejas prácticas de la disciplina y el comienzo de una nueva era (p.35).

Destacable es asimismo el capítulo dedicado a la Escuela de Praga, realizado por el conocido profesor checo Lubomír Doložel, un gran estudioso de la narratología, y buen conocedor de este movimiento. Además de presentar sus influencias y su historia, es muy destacable el estudio de los cuatro principios fundamentales de la epistemología de este grupo: enfoque estructural, búsqueda de una teoría empírica, combinación de poética abstracta y descriptiva, y, por último, diferenciación clara entre el simple lector y el experto estudioso de la literatura.

El crítico repasará los puntos más importantes estudiados por este grupo: la inclusión de sus teorías dentro de los límites de la semiótica general, y, por lo tanto la importancia que da este grupo a cada uno de los integrantes de la comunicación literaria, como emisor (separándose de la teorías expresivas y deterministas), receptor (postulando que es imposible conocer el estado mental de cada receptor y por lo tanto sólo se pueden estudiar los factores objetivos en la obra que inducen a un determinado estado y que son los mismos para todos los receptores), código (normas de la tradición) o contexto (influencia de la sociedad).

Se destaca el papel clave de esta escuela como «sistema teórico coherente y dinámico», que se replantea todos los problemas de la poética y de la historia literaria.

El tercer capítulo del libro es el dedicado al Modelo lingüístico, llevado a cabo por el académico británico Derek Attridge. En él se repasa la importancia que la teoría saussuriana tendría en la teoría literaria. Se centra también en el estructuralismo de otra de las grandes figuras, tanto de la lingüística como de la teoría literaria, Roman Jakobson. Dentro de las aplicaciones del modelo lingüístico se destaca la exportación del método estructural hacia la antropología, llevada a cabo por Claude Lévi-Strauss, que hizo que el estructuralismo cobrara gran atención en la década de los 50, y autores como Barthes o Lacan recibieran su influencia. La reinterpretación de Chomsky del la dicotomía Lengua-Habla, tendría también sus seguidores en teoría de la literatura. Por otra parte se destaca la gran importancia de la lingüística, como conocedora del material del lenguaje, en la estilística.

El británico Stephen Bann realiza el capítulo dedicado a la semiótica. Se refleja la existencia no de una única escuela, sino de un grupo amplio de ten-

dencias interconectadas. Su gran diferencia con otros movimientos teóricos es que sus límites son mucho mayores, pues se extienden a todo aquello que crea significado. Bann se ocupará de descifrar los variados antecedentes de la teoría semiótica, que, aunque no se constituye como disciplina independiente hasta bien entrado el siglo XX, ha preocupado desde la Antigüedad.

El profesor Gerald Prince, de la universidad de Pensilvania, se ocupa del capítulo dedicado a la narratología. Además de una definición clara del tema, nos presenta sus escasos antecedentes y su nacimiento como disciplina en la segunda mitad del siglo XX. Nos presenta la narratología como una disciplina dividida en dos partes. La dedicada al relato, al que se dedican la mayoría de críticos, y la dedicada al discurso, tomado como un modo de presentación concreto de los hechos en una narración, en el que cabe destacar la figura de Genette. Lo que más se recalca en este capítulo es, sin embargo, los grandes resultados logrados por esta disciplina: órdenes temporales del texto narrativo, anacronismos del discurso, velocidad narrativa, tempos, frecuencia narrativa, distancia narrativa, perspectiva narrativa (tipo de focalización), tipo de discurso (narrativizado, indirecto, indirecto libre, directo), tipo de narración (a posteriori, anticipativa, simultánea, intercalada). El estudio de la estructura del relato también ha obtenido grandes avances: componentes esenciales, relaciones entre ellos, etc. Por último se habla de la «gramática del texto» y de sus componentes básicos.

En este caso se dedica un apartado entero a las críticas realizadas a la narratología, en el que el autor defiende las posturas narratológicas y que es muy útil a la hora de hacer notar los puntos fuertes y débiles de la disciplina.

La complicada figura del escritor francés Roland Barthes se aborda en un capítulo aparte, realizado por Annette Lavers, autora ya especialista en Barthes, al que ha dedicado un importante libro. Se aborda su papel como teórico de la literatura y analista de la sociedad, papeles que confluyen en su faceta de semiólogo. Se trata de un estudio profundo y concienzudo que requiere de un conocimiento previo del autor.

La deconstrucción, una de las teorías más influyentes de los últimos años, es presentada en este libro por Richard Rorty, profesor de la universidad de Virginia, filósofo estadounidense de gran relevancia y especialista en la obra de Derrida. Llama la atención la inclusión de este capítulo dentro de las teorías estructuralistas, ya que aunque tiene puntos en común, se basa en presupuestos filosóficos. La presentación de esta teoría, desde su historia (pensamiento de Derrida principalmente, apropiado después por Paul de Man para la literatura), a su base teórica filosófica; se presenta de una manera

impecable, dada la dificultad que entraña, pues resulta accesible y comprensible para todo público.

Rorty incide también de manera notable en la situación política que vivía EEUU y en cómo el New Criticism, ligado al conservadurismo, será reemplazado por nuevas corrientes más ligadas a la izquierda, y en general provenientes de Europa, lo que explica porqué se interpretó a Derrida como un modelo de izquierdas, aunque estuvo poco ligado a la política. Se dedicarán a estas relaciones algunas páginas al final de este capítulo de notable interés.

Se hace una revisión de la Escuela de Yale, en la que convivían autores con intereses tan diversos como Harold Bloom y De Man. También se revisan las diferencias entre De Man y Derrida, y se llega a la conclusión de que es Paul de Man el que realmente influye decisivamente en la Deconstrucción en su sentido de escuela o modelo crítico literario.

El último capítulo de la sección dedicada al estructuralismo lleva el título de «Teorías marxistas y psicoanalíticas, estructuralistas y postestructuralistas» y está escrito por la profesora Celia Britton. Éste es un capítulo, como el anterior, que se aleja de lo puramente estructuralista. De hecho, ambos movimientos han sido extremadamente críticos con él, si bien la influencia del estructuralismo es clara. Se seleccionan dentro de estos movimientos los autores más cercanos al estructuralismo en sus teorías: Lacan y Althusser. El capítulo se divide en tres apartados: el dedicado a la teoría psicoanalítica de Lacan y el dedicado a la crítica marxista de Althusser, para terminar con la teoría literaria basada en el psicoanálisis marxista.

Además de una explicación concisa y clara de los conceptos básicos de la teoría lacaniana, se explora la relación de dicha teoría con la literatura. Por una parte, la importancia que tiene para el autor, su mirada de crítico literario sobre todo tipo de obras (Freud, por ejemplo), y su estilo «conscientemente literario» (p. 237). Se exploran además tres artículos de Lacan dedicados íntegramente al análisis de obras literarias: el dedicado al cuento de Poe «Seminario sobre *La carta robada*», el artículo «Desire and the interpretation of desire in Hamlet» y por último un artículo sobre *El arrebató de Lol V. Stein* de Duras. En todo caso se deja claro que la contribución más importante de Lacan a la literatura es indirecta, por la influencia de sus ideas en el método de análisis literario, en el que destaca su influencia en grandes teóricos de la literatura como Barthes, Derrida, Julia Kristeva, etc. Se destaca lo original de la crítica psicoanalítica de la literatura, sobre la que no sólo se exploran las segundas intenciones del lenguaje, sino que éstas se toman como relacionados con el inconsciente y con el proceso de represión.

El apartado dedicado al marxismo se centra en la crítica althusseriana. Se destaca a este autor dentro de las teorías marxistas de la literatura por su versión estructuralista del marxismo que busca despojar al marxismo de la ideología con el fin de crear algo científico para la crítica literaria. Se realiza concretamente un amplio análisis de su teoría sobre la ideología. Se destaca el papel que la literatura juega en ella desde el punto de vista de Althusser y que va cambiando según la evolución del autor, de ser un elemento que hace visible la ideología, a ser un aparato estatal ideológico que empuja a los sujetos hacia determinada ideología. Se repasará la influencia del autor en varios críticos literarios marxistas, principalmente en Pierre Macherey, pero también en Eagleton y otros.

La segunda parte de este volumen, dedicada a las teorías interpretativas orientadas al lector, está realizada únicamente por dos autores. El primero de ellos, gran especialista en las teorías de la recepción, es Robert Holub, actual rector de la universidad de Massachusetts Amherst, pero que ha desarrollado la mayor parte de su trabajo de investigación en la universidad de California, Berkeley. Él realiza los capítulos dedicados a hermenéutica, fenomenología y Teoría de la recepción.

El capítulo dedicado a la hermenéutica se presenta perfectamente estructurado en breves apartados que repasan esta disciplina desde la Antigüedad y Edad Media hasta los últimos años del siglo XX. Ello ayuda a una mejor comprensión y permite además que cada uno de los epígrafes pueda ser consultado individualmente. Se hace un repaso de las principales figuras que han contribuido al desarrollo de la hermenéutica, desde Friedrich Ast en el Romanticismo a Schleiermacher, Dilthey la hermenéutica ontológica de Heidegger y Gadamer, Habermas, Hirsch o Paul Ricoeur.

El estudio de la fenomenología se presenta estructurado en torno a los dos desarrollos principales que ha tenido en relación con la literatura: el primer asociado a las investigaciones filosóficas en estética y poética, desarrollada por discípulos de Husserl (principalmente Ingarden) y la segunda, más centrada en la crítica literaria, asociada a la Escuela de Ginebra. El capítulo se cierra exponiendo el impacto y las limitaciones de la crítica fenomenológica, entre las que destacan el amplio espectro que pretende abarcar, desde su posición enfocada al análisis formal e interno del texto, hasta centrarse en el autor y su biografía y, por supuesto, también en el lector.

Holub cierra su colaboración con el capítulo dedicado a la Estética de la Recepción. Muy interesante resulta la primera parte del capítulo, en el que se realiza un análisis de las causas históricas para el nacimiento de la doctrina:

reforma de la educación en Alemania Federal, movimientos estudiantiles que critican los métodos y valores tradicionales, etc., son las que promueven otro tipo de acercamiento a la obra. Se aborda la figura de Jauss, las novedades que su teoría presenta. Una de ellas es la unión de dos corrientes tradicionalmente encontradas: el marxismo y el formalismo ruso. Se valora la historia literaria y el contexto en que nacen las obras, como pide el marxismo, pero a la vez se retienen los avances formalistas en el ámbito de la percepción estética, es decir, se consigue la integración de historia y estética. Se indaga asimismo en algunos de los conceptos base de esta teoría, como el de *horizonte de expectativas* y su influencia en la visión de la historia de la literatura.

Se aborda también el pensamiento de Iser, más centrado en la obra individual y su modo de recepción, así como en la importancia de la indeterminación en el texto. Además, se hace un interesante estudio de cómo todas estas teorías son recibidas por la crítica marxista, especialmente en la RDA, y también cómo son recibidas en Estados Unidos. Por último, se presenta el desarrollo de esta corriente en los años posteriores.

Los últimos dos capítulos, dedicados a la Teoría de los actos de habla y a una recopilación de otras teorías orientadas al lector, son obra de Peter J. Rabinowitz, profesor en el Hamilton College.

En el capítulo doce se aborda la Teoría de los actos de habla. Se comienza exponiendo los principios básicos de esta teoría, basados en el famoso libro *How to do things with words*, de Austin. Aunque el propio Austin excluye la literatura de su teoría explícitamente, autores de gran calado como Iser (ligado a la Teoría de la recepción), defienden que la fuerza ilocucionaria propuesta por Austin puede utilizarse para destacar el papel del lector implícito, y también esta teoría tiene que ver con su noción de indeterminación. Críticos como Hernandi, Brewer, Iser y Lyotard usan la teoría de los actos de habla como complemento a un arsenal crítico más amplio que manejan. Pero hay otros autores que la ponen en el centro para plantearse dos asuntos: naturaleza de los actos de habla literarios, y papel de la intención, entre ellos se destaca principalmente la figura de Richard Ohmann.

Se abordan también las grandes limitaciones de esta teoría aplicada a la literatura y en el último apartado se realiza un interesantísimo resumen de las declaraciones cruzadas entre Derrida y Searle a propósito de los actos de habla.

El libro se cierra con un capítulo dedicado a la gran variedad de teorías orientadas al lector que no comparten método común y ni siquiera el mismo objetivo. Se unen, sin embargo, por la importancia concedida al lector y por su oposición a ciertas teorías formalistas como el New Criticism.

El capítulo se estructura siguiendo tres preguntas irresueltas en esta orientación que reaparecen constantemente: ¿qué es la lectura?, ¿quién lee? y ¿dónde radica la fuente de autoridad para la interpretación?

Respecto a la primera pregunta se distingue entre lectura como producto (una vez finalizada) y como proceso. Se destacan los trabajos de Stanley Fish y su lectura estilística afectiva, que rechaza el énfasis que tradicionalmente se pone en la lectura acabada para enfatizar la lectura como proceso. Se estudian también las objeciones a su teoría.

En el apartado dedicado a la segunda pregunta se da cuenta de los tipos teóricos de lectores que se han llegado a distinguir: el lector implícito, el lector informado, el lector modelo, la lectora femenina, etc. Se parte primero desde Burke que habla de un lector abstracto y universal, para llegar al lector como variable dependiente de la obra en cuestión. Resulta de gran interés el repaso a todo este tipo de lectores y las teorías que han dado lugar a estas distinciones.

El apartado dedicado a la autoridad interpretativa del texto pone énfasis en la contradicción entre la aparente libertad defendida por las teorías orientadas al lector, y las limitaciones que se ponen en algunos autores a la interpretación, repasando las posiciones de los principales estudiosos del tema, como Hirsch, Crossman, Riffaterre, Gerald Prince, Bleich o Fish.

La síntesis final expone los grandes avances conseguidos en todos estos estudios: investigación de las distintas estrategias interpretativas entre distintos lectores o entre distintos grupos sociales, discusión sobre el canon, e incluso reformulación de la propia concepción de la crítica literaria.

Este libro ayudará a comprender de manera global los diferentes enfoques y desarrollos que han primado en la segunda mitad del siglo veinte, presentadas de la mano de los mejores especialistas en ellos. Su gran valor reside en que cada una de las corrientes aparece relacionada con su época y con los movimientos afines, profundizándose en sus avances y su posterior influencia. Quizás el único problema que puede presentar este volumen es, como expusimos al principio, el retraso en su traducción, que hace que su bibliografía no esté actualizada hasta nuestros días. No obstante, el volumen se configura como un material muy útil de consulta tanto para profesores como alumnos que quieran profundizar en la gran variedad de corrientes críticas de los últimos años.

Clara I. Martínez Cantón
UNED